

Aproximación a la Postmodernidad

MIGUEL ÁNGEL PADRÓN RIVAS
(Escuela de Psicología)

RESUMEN

Nos acercamos a la postmodernidad, comentando someramente algunas de las incidencias del tema; discuriendo entre los vaivenes de una polémica que para algunos debe ocupar el núcleo de las reflexiones de los hombres de la época, mientras que para otros no es más que un extravío de intelectuales frasquiteros que hablan mucho de casi todo pero que en verdad dicen poco de casi nada.

Comentando algunas notas de la problemática, desde el ángulo de las artes, especialmente desde la literatura, se abre espacio para aludir a tres de las líneas de cuestionamiento de la modernidad, más difundidas en la actualidad: *la crisis de los metarrelatos, la sociedad transparente y los órdenes de simulacro*.

Palabras clave: POSTMODERNIDAD, METARRELATOS, SOCIEDAD TRANSPARENTE, ÓRDENES DE SIMULACRO.

ABSTRACT

We are approaching to Post-Modernity, commenting briefly some incidents on the theme; inferring through waverings of a discussion that some people think ought to be the core of man's reflexion in this epoch, while this issue is thought by others just as misleading of intellectuals talking so much about almost everything but who really say a few words of nearly nothing.

Commenting some notes on this problem, from the arts viewpoint, particularly the literature, a space is opened up to to mention three questioning lines of modernity more spread nowadays: the crisis of meta stories, the transparent society, and simulating orderings.

Keywords: POST-MODERNITY, META NARRATIVES, TRANSPARENT SOCIETY.

INTRODUCIENDO EL ASUNTO

En cierta medida, la problemática de la postmodernidad se nos presenta hoy como una suerte de revisión de fuerzas y posiciones en el ámbito de las subjetividades asociadas a las prácticas sociales habituales, en especial a quehaceres y formas de expresión típicas de la interacción de los hombres con su mundo, como el arte, la filosofía, las ciencias, la política, y la religión, entre otras.

Obviando otras implicaciones, la afirmación reconoce el trecho del debate hasta ahora recorrido, necesariamente dispar entre las áreas señaladas y comprensiblemente incompleto al interior de cada una de ellas, al tiempo que pospone para momentos por venir, las posibilidades de mayor precisión y claridad en las inquietudes planteadas y de cierta previsión en las potencialidades del mismo debate.

Los más empapados del asunto aceptarían distinguir una línea de avanzada que ha dado por cerrado el diagnóstico de la problemática –aunque con no pocas oposiciones y rechazos, a menudo bien fundamentados– y que ha decidido enfrentar la conmoción operada en los modos de percibir, ordenar, intuir, significar e interpretar los hechos o acontecimientos del mundo, al tiempo que ordena una agenda de propuestas teórico-conceptuales, con las cuales romper los viejos mapas representacionales del saber, para empezar a bocetar los collages espacio-temporales del quehacer humano del momento:

Hoy la pertinencia de la cuestión es menos discutida. Han sido los «estudios culturales» los que, junto a los de participación política, han superado las barreras de resistencia intelectual. No puede cuestionarse la pertinencia de la temática para pensar el estatuto actual de la temporalidad, del espacio ciudadano, de los viajes, de la televisión, de las computadoras y los videojuegos. Todo un reacondicionamiento de nuestra cotidianidad está en curso, y finalmente esto se ha impuesto en el campo de lo teórico. Por cierto, la recomposición de las modalidades de participación política es también tan fuerte, que es en ese otro campo donde la posmodernización tiene que ser identificada y pensada, y donde lentamente ha ido encontrando espacios para su legitimación temática, y para su especificación conceptual. (Roberto Follari y Rigoberto Lanz, 1998:10).

Otro bando, no el más limitado, por cierto, en cuanto a asumir la tarea de pensar con responsabilidad sobre asuntos tradicionalmente relevantes para el hombre, adopta una postura, a primera vista escéptica pero decididamente menos entusiasta o complaciente con lo que considera una suerte de rebatiña de subjetividades y significaciones, que desemboca, por lo general, en un alucinante ejercicio dialógico, del que no parece emerger nada, o del que simplemente, lo peor que puede ocurrir es que surja algo, según la sensación que transmite el antropólogo Ernest Gellner:

Lo que todo esto significa no está nada claro –la jerigonza metafísico-crítico-literaria da cuenta de ello–, pero la teoría tal como es, retroalimenta su propio estilo y garantiza el caos y la oscuridad: el nuevo enfoque requiere el abandono de las normas lingüísticas y se articula de acuerdo con sus propios descubrimientos. Lo que esto signifique en literatura no me importa; en antropología significa en efecto, el abandono de todo propósito serio de dar una explicación verificable, documentada y precisa de lo que sea. (Ernest Gellner, 1994:45).

Conviene, por supuesto, advertir que, incluso entre quienes admiten como hecho indiscutible el debate sobre la postmodernidad como fenómeno cultural de nuestro tiempo, se reconoce, no obstante, que el mismo no resulta tampoco un acontecimiento multitudinario en el que participan masivamente, desde las más renombradas instituciones de investigación científica y humanística, hasta los más humildes centros culturales vecinales de cualquier provincia, como puede desprenderse de las conclusiones de la investigación realizada por Rigoberto Lanz en 1990, y difundidas en la obra: *El discurso posmoderno: crítica de la razón escéptica*:

Sería un error de enormes consecuencias suponer que la Posmodernidad (y el Posmodernismo como discurso) está presente y asumido en el conjunto de la civilización del capital. Al contrario, la tesis que recorre este libro es que el fenómeno posmoderno toca una restringida porción de *la intelligentsia*, la cual ha sido históricamente imbuida de la Razón Ilustrada. Mientras tanto la inmensa mayoría de la población es telecomandada por la subcultura massmediática la cual ha llenado el vacío originado por la crisis de la Modernidad (Rigoberto Lanz, 1996:161-162).

La advertencia precedente pareciera tornar más interesante y acuciosa la distinción que el mismo Lanz hace en la introducción de su obra citada: entre ciertos notorios hechos reales y objetivos de la modernidad y sus potencialidades correspondientes en el plano meramente discursivo, aun cuando se trata de un debate entre sectores intelectuales reducidos:

Para una mejor comprensión del punto de vista a partir del cual enfocamos esta problemática hemos creído conveniente distinguir la dimensión objetiva de la posmodernidad del discurso posmodernista. Así, podemos examinar en momentos distintos, tanto la *Posmodernidad pasiva* (fin de la historia, muerte del sujeto, crisis del progreso, fin del socialismo, etc.), como la *Positividad del discurso posmoderno* (la tónica intelectual que como propuesta plantea: pluralidad de paradigmas, pensamiento abierto, vocación intertextual, diferencialidad, diseminación, postura intercultural, estrategia deconstructiva, etc.). (Rigoberto Lanz, 1996:32).

Si ciertamente es bien común toparse con análisis de temáticas asociadas a la postmodernidad —el fin de la historia, la muerte del sujeto, la crisis de la razón instrumental, fin de las ideologías, fracaso del progreso, etc., montados sobre esquemas argumentales de infantil neutralidad o sobre tajantes condenatorias ideologizadas, ninguna contraparte que le compita en ligereza, podrá justificar la descalificación de algunos planteamientos que pudieran impresionar drásticos a primera vista, pero que no carecen de fundamento, cuando se los revisa con detenimiento:

Los postmodernos hacen, hay que reconocerlo con satisfacción, una crítica certera a la modernidad. Con su crítica no es difícil convenir. Pero es una crítica desde adentro, que tiene como resultado depurarla, transparentarla. La modernidad sale de ella más limpia, clara y distinta. (Alejandro Moreno Olmedo, 1993:325).

[...]

Dándole tiempo suficiente, toda civilización terminará por inventar el agua tibia. Sepultados en discursos contraculturales, el credo oficial de los países desarrollados es otra variante del discurso de la modernidad. Se lo llama «postmodernidad» inadecuadamente. Ya sabemos que la verdadera «postmodernidad» fue el asalto de las contraculturas contra la racionalidad unilateral y totalizante de las naciones imperiales. La última reacción de éstas es, previsiblemente, la reinención del discurso nihilista, y su recuperación como discurso de poder (Luis Brito G. 1996:178).

Las dos citas precedentes corresponden a autores que podrán ser acusados de todo menos de ingenuos, porque desde cualquier ángulo que se les lea, su visión de la postmodernidad traduce, tanto la angustia del hombre de esta época como su apuesta por la opción ética y político ideológica en la que creen.

Entre las distintas posturas comentadas encontramos una amplia franja de interlocutores diversos, que por sus nexos con el quehacer intelectual, bien por el lado de las artes en sus distintas formas de expresión, de las ciencias, de la política, de la religión, o por cualquier proyección tecnológica de algunos de esos mismos ámbitos, deben permanecer atentos al despliegue de interacciones del hombre con su entorno físico y social, de las ideas y de las reflexiones valóricas que impone la misma condición humana, y por tanto no podrán sustraerse de los efectos de los cambios de la época, por más que su rutina diaria liberalice su quehacer y/o cuadricule su pensar.

El periplo del discurso postmoderno en estas esferas comprende rumbos alternos entre inicios de aceptación o rechazo altamente emotivos, respaldo caluroso o condena categórica, identificaciones entusiastas o reservas cautelosas, entre otras incidencias, resultantes de una dinámica interactiva en la que la ubicación de los centros de información o las disponibilidades tecnológicas comunicacionales así como la formación intelectual de los actores implicados, podrán resultar más decisivas que la proximidad geográfica entre los centros de trabajo o el impacto mismo de la crisis económica y social.

El discurso postmoderno, por su novedad, puede resultar enrevesado o excepcionalmente sencillo, según el caso, a una audiencia poco ducha en lidiar con singulares malabarismos del lenguaje expositivo, generalmente apoyado en información y recursos tecnocrónicos de punta, que impresionan además por la mezcla fluida de modos discursivos, en donde justamente hay que situarse para poder distinguir, un seductor empeño proselitista de un definido propósito de convicción, en la oferta de una idea o en el desarrollo de un planteamiento.

Para quien debe operar con cierto criterio de verdad, de objetividad, y de posibilidades de conocer, con las cuales tomar decisiones, que incluso supongan sofisticados registros de instrumentos tecnológicos, el debate y la revisión conceptual permanentes de estos tópicos, resultan éticamente obligados, bien sea que se trate de un desempeño público o privado de su quehacer habitual.

Pero quienes requieren, en cambio, otros criterios en sus peculiares formas de expresión intelectual, corporal, espiritual o estética, deberán optar, con base en sus circunstancias, por libre elección de preferencias, por imposiciones tendenciales o por reacción a presiones internas o externas, de las que en todo caso, no es muy fácil sustraerse sin confrontaciones y hondos desgarramientos existenciales.

Entre estos últimos sectores, la reflexión y el cuestionamiento de sus quehaceres y sus implicaciones sobre el proceso social general, históricamente han precedido y quizá superado en profundidad a los realizados en los campos de las ciencias, por lo que es en ellos en donde el discurso postmoderno ha encontrado fuente primaria de inspiración e ideas claras para su difusión, como lo vemos desde la perspectiva del análisis de Klaus von Beyme:

El concepto de *minimal art* tiene su correlato en el estilo de vida de las personas que la admiran. En la posmodernidad parece surgir el yo minimalista, que vive de la apatía selectiva y en la falta de compromiso respecto a los otros...

La expresión cultural del nuevo sentimiento vital es el *pop art*, que privilegia la iconografía del mundo cotidiano. Se desacralizan los venerables objetos que desde las naturalezas muertas de Braque hasta Morandi estilizaron en la modernidad clásica. Las botellas de coca-cola, son un tema tan bueno como los jarrones de flores» (Alejandro Moreno Olmedo, 1993:325).

Algunos analistas del postmodernismo, desde distintos ámbitos intelectuales, buscando una ruta relativamente segura en ese mar proceloso que se intenta recorrer, se van a veces tras el rastro del postmodernismo, siguiendo las huellas claras dejadas por el mismo modernismo, con una lógica sencilla de identidad que, queriendo emular la intuición de un supuesto viejo marinero, en medio de una tormenta, tratara de encontrar parajes tranquilos ignorados, rehu-

yendo engañosos acantilados conocidos, bajo el supuesto de que se trata de los mismos mares y las mismas costas.

Desde esa perspectiva pueden tomarse los argumentos de Matei Calinescu, contenidos en su obra *Cinco caras de la modernidad* (1991), que están formulados desde la literatura pero con suficientes nexos con la filosofía, la historia, la política y la sociología, como para sostener que la modernidad confronta una seria crisis de identidad que la aproxima inexorablemente a su fin. Y lo que cabe deducir de esa afirmación es que con la muerte de la modernidad nace la postmodernidad, sin que quede muy claro por los momentos, qué cosas sea esta última, ni mucho menos: ¿Cuál partida legitimará a cuál: si la de defunción a la de nacimiento, o viceversa? Interrogante que, aunque el autor no formula de esa manera, aún así podemos coincidir en que: *...nos enfrenta con un fenómeno cultural importante y desconcertante* (Luis Brito G., 1996:178).

Igualmente curioso e interesante resulta, imaginarse al prefijo «post», usado inicialmente como hacha afilada para decapitar el desvalido término «moderno», y luego convertido en talismán sagrado para resucitarlo, al explicar la mala suerte corrida por el término postmoderno acuñado por Toynbee, para hablar de la nueva edad en la periodización histórica de Occidente:

Esta interpretación apocalíptico-optimista del término posmoderno lo adecuó para recibir un lugar prominente en la retórica revolucionaria de la década de 1960. La modernidad demoníaca había muerto y su funeral era momento de celebración. El modesto prefijo *pos* devino de la noche a la mañana en un modificador altamente honorífico del lema de la liberación. El mero hecho de *venir tras* era un privilegio estimulante, acordado democráticamente para cualquiera que deseara proclamarlo; todo lo que valía la pena comenzaba con *pos* –posmoderno, poshistórico, poshumano, etc.–. (Klaus von Beyme, 1994:154).

El punto de partida de Calinescu, es claro y preciso desde o para la literatura: la modernidad es constitutivamente dual; expresión ambigua y engañosa de dos niveles de conflictos interdependientes: los primeros racionales, competitivos y tecnológicos y los

segundos, críticos, desmitificadores, cuestionadores permanentes tanto de los primeros como de los segundos.

En este sentido más que moderna o postmoderna, la literatura puede considerarse moderna y antimoderna al mismo tiempo, por su empeño en la innovación, por su resistencia a la tradición consagratoria, por su condena a la idea de progreso, por su crítica a la racionalidad y fundamentalmente, por reconocerse en la idea de que una especie de espíritu de la modernidad, que a menudo se extravía y se recupera, la mantiene y la preserva.

El autor acepta el postmodernismo como una cara de la modernidad, al igual que *la vanguardia, la decadencia, el kitsch y el modernismo*, por lo que más que un proceso de extrañamiento entre ellas, a través del cual se consagraría la identidad de cada una, lo que se impone es la búsqueda, en todas esas caras, de un *parecido familiar* con el que un fisionomista cultural pueda reconocer la propia modernidad.

Percibimos estas variadas caras como relaciones a causa de su común asociación con una modernidad más grande y con espíritu. Si no fuera por esta gran modernidad, las similitudes parciales y las diferencias expresivas de estas caras se disolverían y perderían su significado. Ya no podríamos sentirnos atraídos a compararlas y contrastarlas; la modernidad sobrevive, al menos como el nombre de una semejanza familiar cultural en la que, para bien o para mal, seguimos reconociéndonos (Matei Calinescu, 1991:258).

EL POSTMODERNISMO COGE LA CALLE

En la historia venezolana, los años de la década de 1960 aparecen repletos de acontecimientos políticos violentos, que en el plano internacional, no lo fueron menos, aunque no sólo de carácter político, sino además culturales, artísticos, económicos y fundamentalmente marcados por su carácter masivo:

Los sesenta fueron los años del Pop Art, de la cultura cinematográfica, de los *happenings* y las movidas, de los grandes espectáculos de luz y sonido, de los conciertos multitudinarios de rock, de los *hippies*, la contracultura, la droga, la protesta. En una palabra fue entonces cuando triunfó del todo la sociedad de masas (Calinescu, 1991:260).

Resultaba comprensible que los jóvenes, especialmente los estudiantes, buscaran en la calle, lo que en las aulas no lograban alcanzar, porque ni los textos ni los profesores de ciencia, de historia ni de las artes en general, hablaban de lo que estaba ocurriendo en esos momentos y los que lo hacían, sobre todo en la literatura y otras artes, incitaban a ir al encuentro de las nuevas sensibilidades y a cuestionar los añejos valores de la modernidad, para abrirse a los signos de los nuevos tiempos –la postmodernidad–, más espontáneos, menos formales, más frescos, sin aires de superioridad y definitivamente más masivos y del momento.

Así pues, podrá decirse que, llevado de la mano de las artes, tanto como de los medios masivos de comunicación y de sus efectos masificadores de la cultura y de los procesos sociales cotidianos, el postmodernismo coge la calle, se sacude el tufillo característico de los cuchitriles de los vanguardistas para intentar abrirse paso como acontecimiento cultural de gran alcance que intentará penetrar todas las áreas del saber y del sentir de los hombres del fin de siglo.

Gente como Ihab Hassan, el crítico norteamericano que enfrenta la tradición literaria y cultural de los años 60 y empieza a trazar los primeros rasgos de lo que será una nueva visión de la literatura, esbozados en su obra *El desmembramiento de Orfeo: hacia una literatura postmoderna* (1971), es decir, una literatura abierta, plural, irreverente ante las formalidades clasificadoras de alta o baja cultura, y que levantando las banderas de la *indeterminación* y la *inmanencia*, la primera como corolario de la deconstrucción, la desarticulación y el desorden y la segunda como consagración de la subjetividad, decide enfrentar la totalización, el centramiento, la trascendencia, la jerarquización, el significado, la causalidad y demás particularidades de la mentalidad clásica de Occidente, que representaba el modernismo.

Ya desde su origen el postmodernismo luce ese rostro anárquico, apolítico, ambiguo, incierto y sospechoso que todavía hoy exhibe, el mismo que asociamos a lo que parece una firme decisión de descoyuntarle la columna vertebral a la Civilización Occidental, es

decir, la razón y el cogito cartesianos, pero que a la vez, no deja de oler a pose hedónica, fofa e irresponsable y para decirlo con las palabras de Pinillos:

Frente al purismo y radicalismo innovador de las vanguardias, el arte postmoderno optó por el pastiche, por jugar con estilos y formas de otras épocas, adoptó un tono irónico y cínico, irritante para la burguesía, y en lugar de soñar con la revolución o la reforma del mundo, decidió dejarlo como estaba y disfrutar de su dorada decadencia mientras durase (José Luis Pinillos, 1997:197).

[...]

En suma, los artistas e intelectuales postmodernos se pasaron en bloque a un epicureísmo escéptico que, en algunos casos desembocó en un nihilismo light, muy diferente al decimonónico. (José Luis Pinillos, 1997:204).

Y del ámbito de las artes, la euforia postmoderna como proceso de cuestionamiento o revisión de la modernidad se riega a muchos otros espacios, a través de un conjunto de pensadores de diversa formación que podrán ser ubicados en diferentes lugares en relación con su especialidad o según los efectos de sus planteamientos dentro del mismo proceso, bien como antecesores o preparadores del debate, bien como postmodernos declarados o bien como cuestionadores parciales de la modernidad pero que aún son capaces de jugarse un quintico por su preservación.

Las que van a saltar ahora por los aires, hechas añicos por la gran conmoción intelectual que sacude la época, van a ser las categorías de Sujeto, Razón, Progreso, Historia y otras tantas con las que se configuró la matriz intelectual que albergaba a la modernidad.

Puestos frente a la Razón como fundamento del proyecto de la Ilustración que habría de contar con las Ciencias para poner la Naturaleza al servicio de la sociedad y garantizarle el Progreso necesario para conquistar la felicidad, el balance de la era moderna desde la condición postmoderna nos deja ver que la ansiada felicidad no ha llegado a los hombres, antes por el contrario, quizá en ningún otro momento de su historia este hombre ha tenido la sensación de estar, como hoy, a un pelo de la catástrofe total, es decir, de la destrucción del mundo material y cultural, del derrumbamiento

de todos los valores éticos así como de tamaña orfandad de posibilidades y esperanzas de trascendencia.

En lo tocante al conocimiento, la postmodernidad ha tornado al hombre escéptico, desconfiado de las racionalizaciones discursivas en que se fundamentaba, y además, descreído respecto a la autenticidad de los fines que aspiraba alcanzar.

La crisis de la modernidad procede, para Jean François Lyotard de la crisis de los grandes relatos que la legitimaban. Una ciencia que ha desviado su ruta hacia la verdad y el conocimiento para encaminarse hacia el poder, no puede inspirar ninguna confianza en cuanto a la gran aspiración ilustrada de emancipar la humanidad.

En las sociedades altamente desarrolladas, la razón tecnocrática desplaza y estrangula a la razón libertadora, por lo que el conocimiento se mercantiliza para satisfacer, no las necesidades de los hombres en sociedad, sino los requerimientos tecnológicos de una metáfora de aquél, la computadora, que opera bajo los parámetros de la performatividad, eficacia y ultrarrapidez, mientras la valoración cultural del saber se coloca en un segundo plano.

La historia como categoría ordenadora del conocimiento en la modernidad, también viene a ser puesta en entredicho. Una idea elemental de historia unitaria permite imaginar no sólo a Occidente como el centro de la civilización, sino también articular los acontecimientos con base a la cronología de la era cristiana, pero observaremos que, no se trata realmente de la totalidad de los acontecimientos, sino solamente de aquellos que sean dignos de registro histórico, es decir, los que resulten relevantes para los dueños del poder, lo que implica que muchos de esos acontecimientos no pasarán a la historia, dado que sus protagonistas no están en el poder.

Revisando, pues, bien de cerca esa idea de historia como proceso unitario se reconoce que la misma se monta sobre una postura ideológica clasista que arrastra además la idea de progreso y por añadidura, una concepción de hombre que termina siendo el ideal de hombre moderno europeo, tal como la resalta Vattimo:

El ideal europeo de humanidad se ha manifestado como un ideal más entre los muchos, no necesariamente peor, pero que no puede pretender, sin violencia, el derecho de ser la esencia verdadera del hombre, de todo hombre (Gianni Vattimo y otros, 1990:12).

Cabe ahora mencionar un factor de primerísima importancia en la sociedad moderna, los medios de comunicación de masas cuya incidencia precisamente sobre el proceso unitario de la historia, ha declarado el derrumbe de la modernidad y el advenimiento de la postmodernidad, a la cual Vattimo ha bautizado con el nombre de «sociedad transparente».

Lo que trato de defender es lo siguiente; a) que en el nacimiento de una sociedad postmoderna desempeñan un papel determinante los medios de comunicación, b) que esos medios caracterizan a esta sociedad no como una sociedad más «transparente», más consciente de sí, más «ilustrada», sino como una sociedad más compleja, incluso caótica, y por último, c) que precisamente en este relativo «caos» residen nuestras esperanzas de emancipación (Gian Vattimo y otros, 1990:12-13).

Pero Baudrillard no abriga el mismo optimismo de Vattimo sobre los medios de comunicación, porque a su juicio, operan realmente como medios que obstaculizan la comunicación y que lejos de constituir alternativa alguna para acercarse a los altos fines emancipadores de la Ilustración, codifican contenidos opresivos del poder, todo ello dentro de un esquema que agrega al «valor de uso» y al «valor de cambio», como categorías marxistas para el análisis de la mercancía, un «valor de signo», que se asocia al prestigio y al status social de las personas que la consumen.

La introducción del signo dentro de este análisis económico, permite a Baudrillard integrar la economía política y la semiología y con ello aventurar un conjunto de proposiciones interesantes para la perspectiva marxista, como fue por ejemplo el desplazamiento de los bienes materiales del centro del sistema capitalista, para ser ocupado por el signo, así como también la propuesta de que el intercambio de los significantes, sigue la misma lógica del sistema del «valor de cambio».

Dentro de esa misma línea de análisis no resulta extraño suponer a Baudrillard distanciado de las tesis marxistas clásicas y es así como a aquella lógica férrea y monolítica de la producción propuso la flexibilidad de la lógica del «intercambio simbólico», lo que constituye un verdadero reto a uno de los más sólidos y añejos metarrelatos de la modernidad.

El siguiente paso dentro de este sacudón conceptual lo constituye la propuesta de los llamados «Ordenes de los simulacros» como forma de lectura e interpretación del funcionamiento de la sociedad moderna europea, desde el Renacimiento hasta la sociedad postindustrial, entre los cuales distingue tres órdenes bien diferenciados: el primero que corresponde al funcionamiento natural de las cosas, un segundo orden que corresponde al funcionamiento de las cosas según la «ley comercial del valor de cambio» y el tercero, que corresponde a la etapa de la sociedad postindustrial, en el cual los simulacros están regidos por la codificación mediática, gracias a la cual la realidad se transforma en hiperreal.

La lógica de los modos de producción, según el metarrelato marxista, no tiene vigencia en este nuevo orden de simulacros. Opera una lógica peculiar para el manejo de categorías semiológicas adecuadas al ámbito mediático, es decir, una suerte de universo fantasmal donde no se distingue lo real de lo ficticio, y por tanto una sociedad en la que se pierde la realidad.

No son éstas todas las ideas que brotan del manantial conceptual e imaginativo de Baudrillard, con respecto a lo que espera a esta agonizante modernidad, aunque tal vez sí resulten suficientes para entender por qué esa especie de malestar o incomodidad «incomprensible» y difusa del hombre de hoy.

A decir verdad, no queda nada sobre qué fundarse. No nos queda más que la violencia teórica. La especulación a muerte, cuyo único método es la radicalización de todas las hipótesis. Incluso el código, lo simbólico son también términos simuladores; habría que retirarlos uno a uno del discurso (Jean Baudrillard, 1993:10).

BIBLIOGRAFÍA

- BEYME, Klaus von (1994). *Teoría política del siglo XX. De la modernidad a la postmodernidad*. Madrid, Alianza Editorial.
- Baudrillard, Jean (1993). *El intercambio simbólico y la muerte*.
- BRITO G., Luis (1996). *El imperio contracultural. Del Rock a la postmodernidad*. Caracas, editorial Nueva Sociedad.
- CALINESCU, Matei (1991). *Cinco caras de la modernidad*. Madrid, Editorial Tecnos.
- FOLLARI, R y LANZ, R. (Compiladores) (1998). *Enfoques sobre la posmodernidad en América Latina*. Caracas, Fondo Editorial Sentido.
- GELLMNER, Ernest (1994). *Posmodernismo. Razón y Religión*. Barcelona, Paidós.
- LANZ, Rigoberto (1996). *El discurso posmoderno: Crítica de la razón escéptica*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.
- MORENO O., Alejandro (1993). *El aro y la trama*. Valencia, Universidad de Carabobo, Centro de Investigaciones Populares, CIP.
- PINILLOS, José L (1997). *El Corazón del Laberinto*. Madrid, Espasa Calpe.
- VATTIMO, Gianni y otros (1990). *En torno a la postmodernidad*. Carcelona, Editorial Fedisa.